

## EL TEMA DE LA LIBERTAD EN LOS ESCRITORES RUMANOS CONTEMPORANEOS

Hace ya más de veinte años que la cultura rumana viene padeciendo las consecuencias del dogmatismo y la rigidez del realismo socialista. De aquí su profunda crisis, generada sobre todo por una absoluta falta de libertad de creación en el pensamiento, en el arte, en la literatura. El drama del hombre de cultura rumano, en cuanto creador de una obra de arte o en cuanto medio de difusión de ideas, se pone de manifiesto en toda su triste realidad cuando entra en conflicto con la ideología que se encuentra en el Poder.

Las actuales y conocidas manifestaciones de independencia del Gobierno rumano en relación con la más pura tradición comunista son, en realidad, la consecuencia de haberse alterado la doctrina marxista con objeto de integrar al nacionalismo rumano en el sistema comunista. No olvidemos que, por otra parte, también Rusia conoció en su momento un cambio de este tipo, y se sabe perfectamente qué consecuencias ha tenido el régimen de Stalin. No creo que Giovanni Russo se encuentre muy lejos de lo cierto cuando, en un reciente artículo enviado desde Bucarest, dice a propósito de la «nueva etapa rumana» que «la razón de que los rumanos se rebelasen en 1964 contra la política económica de Rusia reside en el hecho de que Kruschev había propuesto una especie de *comunidad supranacional*, dentro de la cual Rumania quedaba reducida a desempeñar el papel de *granero* de la Europa del Este, es decir, a permanecer como país subdesarrollado». Los rumanos decidieron rechazar de plano este papel, y desde entonces defienden con firmeza su derecho a la planificación nacional y a su autonomía en política exterior, *atributos* — como constantemente se repite — de la «soberanía nacional». Los *teóricos* del Partido se esfuerzan ahora en intentar la conciliación de estos valores que durante cierto tiempo la doctrina marxista definió como burgueses.

Pero ¿cómo es posible explicar esta conciliación de valores que son anti-téticos? Se explica por el simple hecho de que en Rumania, al igual que en los demás países del otro lado del telón de acero, nadie puede oponerse a

la línea oficial del Partido; efectivamente, tampoco en la Rumania de la «nueva etapa» existe *ni libertad de opinión, ni libertad de imprenta*, y sólo así puede explicarse que también la «latinidad» haya llegado a convertirse en una categoría del marxismo; realidad científica reconocida por el materialismo histórico.

Pero lo que en realidad inquieta más a los rusos en toda esta cuestión no es el nuevo resurgimiento del nacionalismo rumano, sino la inevitable actitud antirrusa que dicho nacionalismo lleva consigo. Por otra parte, el comunismo en Rumania, al pasar de la forma de democracia popular a la de República socialista, necesitaba la aparición de una oposición nacionalista que potenciase la nueva fórmula. Efectivamente, parece ser que los dirigentes comunistas rumanos actúan así en espera de que la integración de la tradición rumana y del nacionalismo histórico rumano en el sistema comunista causen un mayor efecto que el que pueda causar la actitud antirrusa, y que una vez reforzado todo el sistema con la *nueva etapa*, los dirigentes comunistas sabrán cómo sofocar a tiempo cada posible brote antirruso.

De esta manera, también la *latinidad* del pueblo rumano se convierte en una categoría del marxismo, en una realidad científica, y por lo tanto, habrá que incorporar en todos sus aspectos la realidad a las fórmulas ideológicas.

Pero la verdadera realidad de estas actitudes nacionalistas resulta aún más clara al pensar aisladamente en la situación económica e industrial de la Rumania del 12 de junio de 1964; ésta es la fecha en que Bucarest, después de veinte años de decir «Sí», se opuso a Moscú con un «No» frío y decidido. Dentro de los ambiciosos programas de los planificadores rumanos (economistas formados en la escuela occidental) se hacía patente la necesidad de transformar en pocos años a Rumania en un país de alto nivel industrial. Como era natural, el Gobierno rumano mostró una actitud más conciliadora en relación con el mundo y cultura occidentales, una reanudación de las relaciones económicas con el mundo libre.

Por lo tanto, los teóricos del Partido Comunista rumano han favorecido y siguen favoreciendo por todos los medios la exaltación de la latinidad y el interés por la cultura clásica de los rumanos, pero se sirven de este «despertar» de la conciencia nacional solamente para reforzar el sistema político frente a Rusia. El que acierten a conciliar aquellos valores, considerados en un determinado momento como burgueses, con la doctrina marxista es un hecho que se explica porque «a nadie le está permitido oponerse a la línea oficial del Partido, pues en Rumania, al igual que en los demás Estados comunistas, la «nueva etapa» del régimen no admite que los ciudadanos puedan expresar libremente su pensamiento, ni reconoce las «libertades de im-

prenta y de expresión» a los escritores, a los periodistas, o en otras palabras, a los hombres de cultura.

Por otra parte, también es de notar que cada dictadura tiene miedo, más que de la bomba atómica, de la libertad creadora del hombre. Es por esto por lo que toda dictadura viene siempre acompañada del fenómeno de la rebelión cultural, y es la rebelión, hermanada con la libertad, lo que ha caracterizado a la Rumania de los últimos veinte años (y nunca la creación artística se ha identificado de una manera tan absoluta con la libertad como durante este período de tiempo). Se ha desembocado así en un *exilio cultural*; exilio que ha tenido un doble efecto: revalorización de los esfuerzos culturales, grandes y heroicos esfuerzos realizados a un ritmo de verdadera aceleración histórica y una nueva perspectiva crítica dentro del auténtico humanismo de la libertad.

En efecto, tan sólo un nutrido grupo de escritores, pensadores y artistas, liberados de la servidumbre y de la esterilidad dogmáticas mediante una profunda revisión crítica, en gran medida revolucionaria, fraguada en el exilio, ha acertado a reanudar en un nivel muy elevado el diálogo cultural interrumpido desde hace una generación (diálogo de ricas perspectivas) por la cultura rumana, con objeto de integrarse en el futuro en el más amplio pensamiento europeo.

Indistintamente, todas o casi todas las figuras que emergen de este grupo de escritores, artistas, pensadores, poetas, afirman que la creación artística nunca se ha identificado de una manera tan absoluta con la libertad como ahora.

La falta de tiempo no me permite ilustrar como quisiera, y aunque fuese a grandes rasgos, las actitudes de pensamiento y de acción adoptadas en el desempeño de su noble misión cultural por cada una de las personalidades rumanas. Comenzaré por recordar a Vintila Horia: ya en *Dios ha nacido en el exilio*, que es su autobiografía espiritual, podemos ver una idea precisa del drama del exilio. En un folleto descubierto a lo largo de una de mis investigaciones sobre ensayos poéticos he encontrado todavía su pensamiento en relación con el concepto de *libertad*.

En *Poesía y libertad*, ensayo en lengua española, tema de una conferencia que el autor dio en el Ateneo de Madrid el 19 de mayo de 1959, hay consideraciones fundamentales y actualísimas sobre la posición del hombre de cultura al enfrentarse con la libertad.

No podría resultar más actual su dolorosa denuncia a propósito de muchos poetas de Occidente y de Oriente, quienes, eludiendo el problema clave de nuestra existencia, se refugian en el empíreo contemplando el bien, la verdad, la belleza, mientras que en la tierra las fuerzas del mal torturan a sus hermanos, cuyos gritos nunca logran ser oídos allá arriba. Esto significa

que cuando la poesía (y con ella los poetas) es solamente pura contemplación de las cosas perfectas se desinteresa de lo que sucede en el mundo, existiendo, por consiguiente, un abismo insalvable entre la poesía y la vida.

Es cierto que todavía existen poetas que se han dedicado a contemplar la belleza pura, o que se han humillado ante el mal al dedicarle odas serviles; éste es el caso del poeta chileno Pablo Neruda, que escribió una oda a la «bomba atómica soviética» y otra a Stalin (1), y que al llegar a un determinado punto dice:

... Sa simplicité et sa sagesse  
sa structure  
de bon pain et d'acier inflexible  
nous aide, chaque jour, à être des hommes...

... Stalin est le midi,  
la maturité de l'homme et des peuples...  
Staliniens! Nous portons ce nom avec orgueil!...

... (Stalin est) un phare aux colombes...  
Il apprit à tout le monde  
à croître, à croître,  
aux fleuves et aux...  
il leur apprit à grandir...  
Il était plus savant que tous les hommes ensemble...

Pero también es cierto que el verdadero poeta nunca muere. Nuestra época, más que cualquier otra, se encuentra sufriendo las consecuencias de la decadencia de los valores espirituales y morales más profundos; mas, sin embargo, los poetas nunca mueren del todo. Cuando irremisiblemente parece que se han perdido todas las esperanzas, el verso de un poeta o el libro de un escritor bastan para hundir medio siglo de falsos universalismos y para restituir a aquellos que sufren un poco de aquella esperanza, que es como un veneno para los dictadores, y la prueba de que en nosotros, escribe Horia, existe algo indestructible, algo que no puede perecer. Esto demuestra, además, que los verdaderos poetas no han llegado hasta la traición de refugiarse en un cómodo empíreo. Los que sí lo han hecho son aquellos que no quieren asumir su propia responsabilidad, y que se encuentran dispuestos a hacer todo lo posible para evitar cualquier contacto con aquella «noosfera», a la que Theilhard de Chardin explica como aquella *sutil capa de vida y de espíritu* en la que se mueven los hombres. Al llegar a este punto, Vintila Horia pone el dedo en la llaga al afirmar que el mo-

(1) Nota del traductor.—La oda se encuentra en francés en el original del artículo

tivo por el cual los poetas se alejan de la «noosfera» no es otro que el temor a enfrentarse con el *tema de la libertad*.

En todas las partes del mundo existe agitación y rebelión por parte del hombre. Ello significa que el principal tema de la vida es el de la libertad, y que un verdadero poeta nunca puede eludirlo sin traicionarse a sí mismo y sin traicionar a los demás. Por consiguiente, el poeta tiene el deber de rebelarse, y el rebelde siempre ha sentido una mayor preferencia por los poetas que por los pensadores desde el momento en que se ha percatado de que estos últimos son los creadores de una abstracción de la que inmediatamente se han apoderado los políticos para hacer que lo abstracto triunfe sobre lo real, para hacer que los hombres desaparezcan cara a la Humanidad, para proclamar el culto a la razón y matar en su nombre a millares de seres humanos.

Lo apoteósico de la abstracción siempre ha sido algo así como una obsesión para el rebelde, es decir, para el hombre libre. Cuando Ernest Junger habla de «huir a los bosques» se refiere a una huída de tipo simbólico, que no es otra cosa que buscar la paz y la seguridad interior, y le da una apariencia de realidad que constituye el último recurso de aquellos que prefieren el peligro a la servidumbre.

En efecto, ante el avance de las dictaduras, pueblos enteros se han refugiado en los bosques. Los galos, germanos y dacios, bajo el ímpetu del Imperio Romano; los monjes del Medievo, empujados por las invasiones de los bárbaros; los yugoslavos, forzados por la invasión tedesca; para llegar a los «partisanos» anticomunistas de Rumanía, Checoslovaquia y Polonia, bajo la opresión del marxismo.

E. M. Cioran, con la significativa frase de «los ángeles se transforman en gendarmes», explicaba el fenómeno de la revolución rusa. Estallada como consecuencia de las reacciones que se produjeron contra una forma de gobierno tiránica, la revolución rusa acabará siendo, como afirma Camus, «la historia de las luchas internas del Partido, es decir, una lucha entre la democracia obrera y la dictadura militar, una lucha entre justicia y eficacia».

La fatal evolución del comunismo hacia un socialismo de Estado, afirma Vintila Horia, y la transformación subsiguiente de la revolución en opresión, constituye uno de los fenómenos más trágicos de la Historia y representan la etapa final de una traición, cuyas víctimas se cuentan por millones.

Los poetas no han permanecido indiferentes ante una tragedia de este tipo. Mayakovsky y Esenin, después de haberse entusiasmado con los ideales de la revolución comunista, e incluso identificarse con ellos al cantarlos en sus poemas se horrorizaron ante el proceso de descomposición revolucionaria y se suicidaron; reaccionaron de este modo ante el desengaño sufrido y pagaron con sus vidas el error de haberse dejado engañar por los políticos y por los teóricos del Partido.

Por consiguiente, para Horia la poesía constituye el medio más eficaz y profundo de definir el tormento y la angustia del hombre ante los ataques a la libertad perpetrados por los sistemas totalitarios. Ello hace suponer que la poesía servirá de modelo a todos los hombres conscientes de la gravedad del momento en que vivimos.

En la vida toda es poesía, dice Horia, del mismo modo que todo es religión. Ambos planos no se confunden, sino que explican la doble dimensión humana. En efecto, el hombre se salva en la tierra defendiendo su libertad de la amenaza de ver sometido su pensamiento, y se dispone a la salvación eterna mediante su fe religiosa. No basta vivir para ser hombre, añade Horia, sino que es necesario que con la poesía volvamos a los temas fundamentales de la condición humana para alejar de nosotros las tentaciones fatales. Una de estas tentaciones consiste en la pérdida de la libertad a cambio de una falsa felicidad que la poesía actual no siempre ha sabido denunciar resueltamente.

Entre los siglos XI y XII, después de que la Humanidad hubo pasado por los años más tristes y vacíos de la era cristiana, fueron los poetas provenzales los que volvieron a enseñar el lenguaje y la práctica del amor y del respeto hacia la vida de los demás. Emperadores poderosos y sanguinarios, Papas sin dignidad y sin religión, nobles sin nobleza, habían convertido a Occidente en un pantano nauseabundo, dispuesto a sumergirse en la barbarie. Con la llegada de la poesía provenzal, algunos poetas y santos transformaron la faz de Europa, a la que encaminaron hacia aquel espléndido período que se definió como *el otoño de la Edad Media* y los albores del Renacimiento. Hoy día atravesamos por unas circunstancias tan tristes y parecidas a aquellas que los poetas provenzales superaron, sublimándolas. En esta ocasión, nuestros contemporáneos se han olvidado del amor a la libertad, y corresponde, por consiguiente, a los poetas encender de nuevo este amor a la búsqueda de la libertad, con objeto de que la palabra *paz* tenga algún significado y para que la libertad y la paz no sigan siendo algo vago y utópico.

Otro pensador rumano, Jorge Uscatescu, propone el camino a seguir para comprender esta utopía. Durante casi veinte años de actividad ininterrumpida, y a través de un apretado conjunto de obras apasionadas e incisivas, logró imponerse a la atención del público más calificado y sensible como el verdadero maestro de la libertad y como el defensor de la «dignidad del hombre» contra cualquier tipo de alienación.

Uscatescu se pregunta: ¿Por qué nuestra época es la época de la utopía? Porque la ciencia, con sus triunfos y con sus formas seriadas, no nos inspira un sentimiento de plenitud; porque incluso las mismas actividades del espíritu no satisfacen la llama ardiente del conocimiento; porque las conqui-

tas sociales y políticas del hombre no garantizan su liberación ni satisfacen su natural sed de libertad. Por todas estas razones la ciencia busca su evasión liberadora en la utopía, de la que recibe el impulso para sus creaciones. Así, la utopía y el juego utópico se adentran cada vez más en el campo de la biología, de la metafísica, de la teología, de la ciencia. Pero esto no significa, como a primera vista pudiese parecer, afirma Uscatescu, que la gran utopía contemporánea sea una exaltación de la ciencia y de sus adelantos.

Sin embargo, en el pleno triunfo del materialismo y en la utopía (en su más pura esencia materialista) se pone de manifiesto la inevitable preocupación de considerar el problema de la existencia humana en su totalidad, de descifrar en campos utópicos el misterioso puesto que ocupa el hombre en el cosmos.

Uscatescu no podía penetrar mejor en las atormentadas y trágicas vicisitudes de nuestra época, en la situación tan sumamente absurda de una utopía que --como G. Barbiellini Amidei ha escrito recientemente-- «se ha hecho materialista, pero ha conservado todos los vínculos con la escatología, se ha aturdido ante la fantasía de otros mundos y de otros espacios, pero no sabe recoger desde el punto de vista de la realidad las concretas indicaciones del progreso».

Esta utopía, concluye Barbiellini, ni sabe reír ni llorar porque ha perdido las aptitudes que para la ironía y la compasión, para la sátira y la tragedia (los dos grandes enemigos de la farsa, y por tanto, de la utopía) tenía antiguamente el hombre.

Pero en todo esto todavía hay algo más grave: el trágico problema de la utópica renuncia a la libertad segura en nombre de una cierta libertad futura, y Uscatescu, maestro de la libertad, no duda en afirmar que «dentro de la marea de los acontecimientos, y en el destino del hombre, esta innovación de la mentalidad utópica significa, para el hombre mismo, la *pérdida de su libertad*, su destrucción en cuanto espíritu».

En esta lúcida y al mismo tiempo acongojada denuncia, escribe el español Esplandian en un ensayo crítico sobre el perfil intelectual y humano del pensador rumano, se encuentra todo el anhelo de libertad, la profesión de fe en la libertad del hombre desarraigado de su patria, «de los vientos, malos vientos, de la guerra». «La libertad vive hoy una de sus aventuras más poéticas.» Uscatescu, desde la perspectiva de cultura contemporánea, y en un preciso ensayo crítico de innovador audaz y lúcido, nos pone en guardia cuando afirma que la libertad sí, por una parte, corre el riesgo de caer en la trampa del determinismo de la dialéctica marxista (en la cual todo es posible, excepto la profunda libertad del hombre), por otra, la libertad, que puede ser todo menos absoluta, se transforma así entendida en un bien en sí misma, utópico, el bien supremo que reduce los confines de la verdad y

de la tradición, del futuro y de la creación, en los cuales únicamente tiene su significado y su fuerza. La libertad, al igual que la verdad, se encuentra en nosotros, en cada uno de nosotros. El hecho de suprimir ciertas fases intermedias correspondientes a la técnica, a la política o a las ideologías no nos permite ni siquiera un respiro en el puro ejercicio de la libertad. Al mismo tiempo, y con una simultaneidad que resulta peligrosa, un subjetivismo feroz coarta el ejercicio de la libertad, dejando indefensa a la comunidad humana, a pesar de las retóricas invocaciones de socialización, características de nuestro tiempo.

Una vez que se deja sentado que hoy la aventura de la libertad consiste precisamente en algo que se encuentra entre la utopía y la realidad se llega a la conclusión de que el drama del hombre consiste en la posibilidad o en la imposibilidad de ser, con la utopía, fiel a sí mismo en la tierra en que vive sin que ésta le domine. «La aventura de la libertad —observa Adolfo Muñoz Alonso al referirse al pensamiento de Uscatescu— es una aventura de amor y de soledad, de Dios en cuanto esperanza, o de Dios como castigo, de vida o de muerte.»

Después de tantas fosforescencias literarias, después de tensar tantas cuerdas, dos actores de la comedia humana, Uscatescu, con un profundo sentido de la responsabilidad, quiere decirnos que, en sustancia, «el fin de la libertad no puede ser otro que el de volver a colocar al hombre ante la presencia de Dios». En efecto, el hombre, por haberse alejado del equilibrio del realismo cristiano, o dicho sea en otros términos, por haber perdido el *centro* del Universo, Dios, expía su presunción con una disminución de la libertad y con un aumento del sufrimiento. Solamente volviendo a la presencia de Dios —escribe Muñoz Alonso—, la libertad se eleva al plano sublime del amor. Y en definitiva, ésta constituye la primera lección de los padres griegos, que hoy nadie, o sólo unos pocos, se esfuerza en tener presente; la única lección verdadera que en esta época nuestra podría salvarnos del naufragio.

Que Uscatescu, hombre de letras, proclame el valor de la inspiración evangélica y teológica tiene un significado que no podemos callar: su ejemplaridad y la esperanza que actualmente nos infunde; aquella misma esperanza que brota de la oda «Ultimi barbarorum», que el poeta uruguayo Ricardo Paseyro dedicaba a Pasternak:

Y si no nos queda más que la muerte, sepultaremos  
la palabra POESÍA entre las olorosas  
corolas de las rosas,  
entre la brizna de nieve más pura,  
en el corazón eterno del aire.  
Un día volverá, no importa cuando.

LUCIANO PASCUCCI